



Ahí Van los Papeleros

ASI VAN los papeleros por las calles de Santiago. Con la cabeza gacha y la espalda curvada, van gritando al mundo su abandono y su amargura. La sociedad los tiene olvidados en ese montón de escombros y basuras que se llama la Población Nueva Matucana. Son alrededor de 5.000 hombres, 25.000 personas, que viven de lo que les deja la gente...

¡Papeleros!, Penoso Oficio De Miseria

Por MALU SIERRA
Fotos de ALEJANDRO BASUALTO

Junto a los perros los vemos muy de madrugada hurgando en los tarros de basura. Cubiertos de harapos salen cuando todavía está oscuro a ganar el sustento diario. Confundidos con la basura trabajan, comen, duermen, viven. Las calles están desiertas y ellos caminan a hurtadillas. Se acercan a un tachó, miran a todos lados y como asustados empiezan a buscar con singular rapidez. Tienen que apurarse. En cualquier momento puede aparecer el camión municipal, algún inspector o el carabiniero de la esquina y llevarlos detenidos. Porque "su trabajo" es un delito. Un robo de "bienes" públicos penado por la ley. Los desperdicios son de propiedad edilicia y ellos no tienen derecho a su usufructo.

Son los papeleros. El último peldaño de la sociedad humana, a quienes la gente ha preferido olvidar. A sólo doce cuadras de la Casa de Gobierno está la población que los alberga sobre un montón de inmundicias, sin agua, luz, ni alcantarillado. Ellos no aspiran a tanto. Solamente quieren comer.

En la población Nueva Matucana vive la mayoría de los cinco mil papeleros de Santiago. Con sus familias suman alrededor de 25 mil personas con un común denominador: miseria. Nada hay que pueda describir lo que es eso en un día de invierno cualquiera. Ni en uno de verano tampoco. La mejor de las fotografías, la más impresionante, no podrá transmitir el olor que emana de los desperdicios, de los papeles sucios, de las casaca, de la gente.

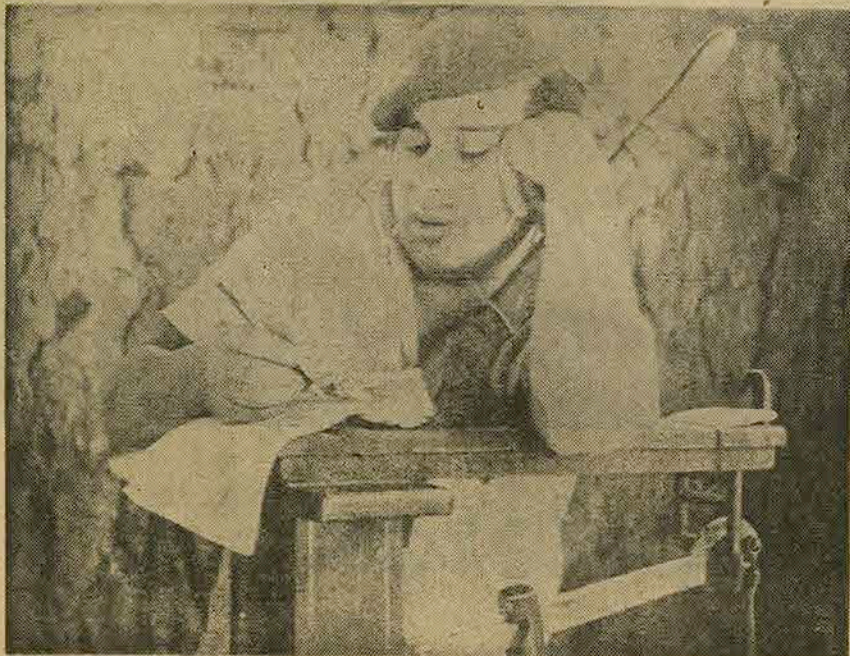
¡YO QUIERO IRME!

Los viejos están como adormilados. Los años, la pobreza, el vicio —sobre todo el alcohol— han silenciado su facultad de reaccionar. A la entrada de la población estaba José Miranda Garrido: "Yo no me la puedo ya", dijo. Tiene 74 años y nació en el Sur. Los problemas económicos lo hicieron emigrar a la ciudad, pero aquí la cosa no estaba mejor. No sabía leer y terminó en esto: de papelero. "Es terrible, es lo peor que puede existir, pero ya no puedo hacer nada más". Sus ojos tristes expresan más que sus palabras. Al día obtiene aproximadamente 500 pesos, de los cuales debe pagarle 40 al que le arrienda el carrito: el pulpo. El resto... bueno, el resto es para vivir.

Pero los jóvenes no quieren seguir allí. "He bus-



■ La sociedad ha preferido olvidarlos. Hay más de 25 mil personas que viven en condiciones subhumanas, peleando con los perros las basuras de los tarros. En la foto, Armando González selecciona el papel que luego venderá al explotador.



■ ¡Uno de los tantos! Se llama Pedro Avalos y tiene su centro de operaciones en el primer tramo de la población Nueva Matucana. Con recelo dijo algunas palabras. No se percató de que el reportero gráfico lo estaba fotografando. El, como los demás de su oficio, contribuye de manera "ética" al aniquilamiento de los papeleros.

cado trabajo por todos lados, pero no hay. Haría cualquier cosa, cualquiera". Así habló Jorge Rubio. Tiene 23 años, aunque representa mucho menos. Nació entre papeles y comió lo que comen los papeleros: poco. Acaba de casarse con Graciela Mellado. Lo único que suenan ambos es alejarse pronto de todo eso. Jorge es un buen muchacho que prefiere recoger papeles, a pesar de lo que los odia, antes que robar o mendigar. Muchos de sus amigos lo hacen. Es más fácil y, por supuesto, más lucrativo que "trabajar" en esto. En Nueva Matucana, alrededor del 70 por ciento tiene prontuario delictual...

EL "PULPO"

Para explicarse la vida de los papeleros hay que conocer al "pulpo". Es "él" el personaje dentro de este medio. El dirige la vida de los papeleros. Los reúne y explota. Se hace rico a costa de ellos. Su trabajo, dicho sin detalles, parece muy honrado: comprar el papel a los recolectores y venderlo a las empresas que fabrican cartón y fonolitas. Pero con esto no está dicho prácticamente nada.

Dejemos que las propias víctimas cuenten: "El nos da rucá para que le trabajemos. Nos compra el kilo de papel a 10 pesos y lo vende a cincuenta. Además nos descuenta el arriendo del carrito". Del "pulpo" son todos los carretones en que salen los recolectores. También las chozas inmundas. Si un día a alguno se le ocurre rebelarse, le quita el carrito, lo echa a la calle con lo puesto y más encima le pega. Su negocio es claro y simple. "Cierto es que los terrenos son fiscales y por eso yo no me preocupo de nada. El Gobierno se debería encargar de poner siquiera agua". Con enorme cinismo "el pulpo" que trabaja a la entrada de la población nos explica su sistema.

Y según los papeleros es menos malo que otros. Es un "pulpo".

"Aquí es fácil trabajar. Nadie lo molesta por cuestión de higiene y seguridad. Además no hay que pagar leyes sociales y todas esas "patillas". Se vive tranquilo". En la bodega donde se enfiarda y se pesa el papel, conversamos con él. Los papeleros oían interesados sin atreverse a tomar parte. El "pulpo" se mostraba receloso pero no se atrevió a esquivarnos completamente. "Lo que pasa —explicó— es que todos estos "gallos" son unos borrachos y unos flojos. Quieren que se lo den todo hecho y se lo pisan de ociosos". Mientras tanto continuaba pesando los sacos con papel. Dos mil



! Sólo resignación
■ en la mirada.
"Ya estamos vie-
jos y no tenemos fuer-
zas para otra cosa",
dicen los ancianos pa-
peleros. Como ellos, 5
mil más sobreviven ape-
nas a la diaria trage-
dia que constituye su
existencia.

Ellos les compra diariamente y luego lo pasan a buscar los camiones de las industrias compradoras.

NO SE PUEDEN LIBERAR

En todos los hombres hubo palabras de odio para el explotador. Para ese y para todos los pulpos. "Ellos son millonarios", aseguraron. Pero aunque es lo que más desean, no les es posible liberarse del siniestro personaje.

La basura es sin duda un gran negocio. Pero para ganar dinero es necesario tener capital. Y un papelerero no tiene siquiera para comer él y sus hijos. "Cuando puedo trabajar en otra cosa lo hago, pero cuando no, tengo que salir a recoger papel". Armando González González tiene cinco hijos y con gran esfuerzo tiene a dos en el colegio. "A la niña no porque tiene que quedarse a hacer las cosas cuando mi señora y yo vamos a trabajar" cuenta con sincera tristeza. Es uno de los pocos que tiene su carretoncito propio. Pero las ruedas se las arrienda al "pulpo".

"Yo he tratado de vender directamente a las fábricas. Paso muchas penurias pero a veces compensa. Trabajo firme y cuando tengo bastante voy y les ofrezco el papel", dijo Germán Obregón. Podría ser un líder. No ha perdido como sus compañeros el espíritu de lucha y es uno de los pocos que le hace la pelea al "pulpo". "Lo malo es —afirma— que las industrias no pagan "al tiro" y por eso algunos no se pueden aguantar". El "pulpo", en cambio, les entrega el dinero de inmediato. Al preguntarle a Obregón el motivo por qué no unía a los demás papeleros para hacerse fuertes, respondió: "Porque yo puedo sufrir, pero no puedo obligar a que otros lo hagan". Y porque no se unen es que no pueden aplastar al "pulpo".

LA COOPERATIVA DE "TECHO"

"Techo" es una corporación chilena de derecho privado que desde hace algunos años viene realizando una labor notable entre los pobladores, a nivel de poblaciones callampas y de obreros. Al contrario de otras organizaciones, es enemiga de la obra de beneficencia. Su objetivo es promover el desarrollo económico y social por medio del trabajo de los propios interesados, a quienes presta asesoría técnica y financiera. Hombres y mujeres abnegados dedican su vida a organizar talleres y cooperativas en las poblaciones no sólo de Santiago, sino de diversas ciudades del país.

Y los papeleros fueron también motivo de los desvelos de "Techo". Ahora, tras muchos esfuerzos, ha salido a flote la primera cooperativa de este tipo que existe en Chile. "En la actualidad tiene más de 50 socios que con su propio esfuerzo han comprado un camión Opel de 5 toneladas y han arrendado una bodega donde ellos mismos seleccionan, enfiadan, pesan y venden el papel". Con entusiasmo habla Guillermo Videla, uno de los dirigentes de "Techo", quien ha debido estar estrechamente ligado a la cooperativa. "Por fin consiguieron transformarse en sus propios pulpos", agregó.

No todos comprenden la idea de esta entidad. Ni a todos les gusta. Desde luego al "pulpo" no. El se enriquece a costa de la incultura y de la falta de unidad. De la decadencia moral y del vicio de sus explotados. Generalmente es dueño de un negocio clandestino de licores. Además, está en combinación con el dueño de un almacén y entonces lo poco que les debía pagar, no se los da en plata, sino en vales para su expendio y para el negocio del amigo.

Las autoridades, como la sociedad en general, han olvidado este punto vergonzoso enclavado en medio de la ciudad. Y los papeleros buscan desesperadamente algo o alguien que los ayude a salir del "hoyo", como ellos mismos lo denominan. Del hoyo físico y moral en que están hundidos, al parecer, sin remedio.



■ Con el cuerpo doblado por la fatiga, la falta de comida y la desesperanza, van los papeleros muy de madrugada a buscar el diario sustento.



Un Peldaño Bajo

SOLOS, casi sin esperanzas, derrotados, así caminan los papeleros por la senda que el destino les marcó. Muy diversos son los motivos que los llevaron a este último peldaño de la sociedad. Ignorancia, pereza, alcoholismo, desesperanza.

81030